

CIELO EN LLAMAS

LEILA MILÀ

**CIELO
EN
LLAMAS**

ONYX
EDITORIAL

Primera edición

Cielo en llamas

© 2018, Leila Milà

© Onyx Editorial

www.onyxeditorial.com

© Diseño de portada: Nune Martínez

© Maquetación: Munyx Design

© Corrección: Nieves Villalón Peralbo

ISBN: 978-84-948194-2-1

Depósito legal: DL T 303-2018

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Hay historias que parten del dolor, otras, de la vida, de la necesidad de compartir experiencias, el futuro o en cualquier caso, la esperanza (o la desesperanza, en su defecto).

Pero, como siempre, tras cada historia hay un corazón que siente y late por el instante en que todo acabe y complete su todo.



PRÓLOGO

Lunes 19 de 2020
Casa de los Treigant

Makensi bajó las escaleras todavía bostezando.

Había dormido tan bien en su cama tras pasar algunas semanas en el hospital, a pesar de las pesadillas, que ni siquiera se preocupó por la hora. Le había costado horrores conciliar el sueño y no fue hasta bien entrada la madrugada cuando logró dormirse. De todos modos, era sábado y tampoco es que importase; además, le rugían las tripas y de la cocina ascendía un delicioso aroma.

Se revolvió el cabello para peinarse un poco y al llegar abajo, miró hacia la cocina al ver a su padre salir de ella secándose las manos en un trapo.

—Hola papá, ¿te dejaron librar?

—Terminé pronto y Phil me mandó a casa. Patsy me debía un turno. ¿Cómo te encuentras, cielo?

—Papá, estoy bien —Se cruzó de brazos algo a la defensiva—. De verdad, deja de preocuparte.

—No me culpes hija, no puedo evitarlo, casi te pierdo.

—Lo sé, pero no podéis vivir así. Algún día tendréis que aceptarlo, de nada os sirve el miedo y la angustia. Da rabia, lo entiendo, te sientes impotente, quieres gritar y llorar, pero es lo que hay.

—Sigo sorprendido por tu entereza. Lo encajas mejor que nosotros.

Ella volvió a sonreír con candidez y se llevó la mano a la boca para

tratar de ocultar un bostezo. Tenía mala cara y el agotamiento era evidente en sus ojos, por mucho que dijese.

Hacía días que no lograba descansar y esa vez nada tenía que ver con su enfermedad, sino con esos malditos sueños que la acosaban como un mal augurio. Se llevó la mano al pecho con un mal presentimiento y trató de acallar la palabra que se repetía una y otra vez en su mente, noche tras noche, como un tañido que presagiaba muerte y destrucción: *Raoak*.

El vello de su nuca se erizó solo de pensarla y se frotó los párpados.

—¿Siguen las pesadillas? Puedo hablar de nuevo con la doctora y ver si puede tener algo que ver con las pastillas.

—Tranquilo papá, no es nada. Pasará; son solo eso, sueños —Procuró sonreír ocultando la verdad. Esa verdad era la pesadilla que la perseguía durante las noches; sangre, violencia y guerra. Toda la vida en la tierra perecía bajo una poderosa amenaza que constreñía su debilitado corazón.

Dake, al verlo, inspiró tratando de cambiar de tema para así facilitarle un poco todo. La conocía, era su hija y sabía que fuera lo que fuera lo que la atormentaba, lo tragaría sola intentando por todos los medios que ellos estuvieran bien. Miró hacia Hale, que seguía lanzando improperios moviéndose sobre el sofá sin dejar de presionar los dedos sobre los botones del mando de la videoconsola sin parar.

—Hale, llevas todo el día enganchado a ese juego. ¿No se suponía que tenías entrenamiento? Y haz el favor de quitar los pies de la mesa —lo regañó. Este resopló bajándolos y cortó la comunicación quitándose los auriculares que llevaba puesto para jugar en grupo y mantenerse en contacto.

—El entrenador se puso malo y la mitad del equipo fue a ese rollo del museo.

—No te hubiera venido mal ir. Anda haz el favor y pon las noticias. No dejan de sonar sirenas y tengo el móvil muerto en la taquilla.

—Papá si pasase algo ya habrían llamado a casa, relájate.

Fue decir eso y tanto el teléfono de casa como los móviles de los chicos comenzaron a sonar. Extrañados, miraron la llamada y Hale descolgó a su primo Tayler, mientras su padre respondía al hijo.

—¡Poned la tele! ¡Es grave!

Hale cambió el canal y enseguida un cartel de últimas noticias ocupó la pantalla antes de que una agitada presentadora comenzase a hablar atropelladamente:

«Se habla de invasión, de un ataque a gran escala. Están por todos lados, hay naves saliendo de otras más grandes y están acibillando a la población. El caos ya es un hecho y la Ley Marcial se ha impuesto. Nadie está a salvo, señores. No estamos solos. Los alienígenas están aquí, existen y son...»

La emisión se cortó de modo abrupto y la señal desapareció. Dake se aproximó a la ventana y miró al cielo mientras intentaba llamar por teléfono.

Nada, no daba tono ni señal, las comunicaciones parecían haber sido cortadas y contempló como un enjambre de naves caían de un cielo que parecía en llamas. Todo había sido demasiado rápido como para dar margen de actuación a las fuerzas militares. Tras eso, una detonación tras otra se sucedió, corrió hacia sus hijos y saltó para cubrir a Makensi cuando una explosión destrozó todos los cristales de la casa.

Las sirenas hendieron el aire, así como los gritos. Fuera se oían disparos junto a los reactores de los aviones de combate; todo era un absoluto caos. Se levantaron confusos del suelo, sin hacer caso a las heridas que les habían causado los cristales y Hale se reunió con su padre y su hermana, viendo cómo la puerta saltaba por los aires y unos seres indescriptibles, entraban en casa.

—¡Vamos, corred!

Dake lanzó lo primero que encontró contra el ser y cogiendo un arma de un cajón del comedor, los instó a moverse. Hale cogió la mano de su hermana y la llevó hacia la salida trasera. Corrieron con todas sus fuerzas, había cuerpos tirados por la calle en posiciones imposibles. Sus ojos, sin vida, los miraban sin expresión en una grotesca mueca.

La sangre creaba un macabro cuadro a su alrededor y mirasen donde mirasen, solo veían caos y desconcierto. Todo el mundo corría sin control buscando donde esconderse. El paisaje se volvía un dantesco

espectáculo digno de cualquier película de Holywood. Los coches volcados y abandonados atascaban las calles.

Había incendios y estallidos por doquier, y esas cosas aparecían de la nada destruyendo todo a su paso. El día del juicio final parecía haber llegado y nadie podía escapar de la sentencia definitiva.

Un edificio lejano cayó y nuevos chillidos llenaron el aire. El polvo saturó todo y un temblor los lanzó al suelo al explotar una bombona de gas.

El ataque fue rápido y brutal. Ninguno entendía cómo no se los había detectado antes, pero así era y de nada servía preguntarse por qué. Sin saber cómo, se vieron acorralados; al intentar huir acabaron separándose. Intentaron luchar, resistir y volver a juntarse, pero esas cosas atraparon a Makensi.

—¡No! —gritó Dake —¡Makensi!

Solo pudieron ver, impotentes y furiosos, cómo se la llevaban. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Un golpe derribó a Hale y justo después cayó Dake. Cuando volvieron a despertar, su mundo ya no era el que conocían y todo había cambiado. La guerra asolaba la Tierra y estaban solos frente a los invasores que se abrían paso con facilidad, buscando una sola cosa: eliminarlos.

Noviembre 2024

La Tierra ya no es la que era.

Tras la primera invasión y la segunda oleada de guerras por la supervivencia, todo se recrudecía y la especie humana, amenazada, reunía sus últimas fuerzas en un intento por atacar y recuperar su mundo junto a la vida que una vez les perteneció.

«Cuando me lanzaron cayendo de esa nave en llamas tras la explosión, no sabía nada de lo que sucedía salvo esos recuerdos que persistían en mi mente, acompañándome día tras día en ese infierno, manteniendo a salvo mi personalidad para sobrevivir. Ahora lo sé. Sé en lo que me convirtieron pero ellos nunca han conseguido quebrarme».



Área norte, coordenadas X omega Y
Primera hora de la mañana tras destruir un puntal enemigo
y derribar la nave Prima.

Un gran vacío y un intenso pitido fue lo que quedó, ensordeciéndola mientras caía. No entendía nada, el dolor la atenazaba junto a un intenso frío. Todo era destrucción a su alrededor, restos esparcidos por doquier, así como fuego lamiendo lo que quedaba de fuselaje.

Eso y la tierra oscura y húmeda, removida y derretida en algunos puntos.

Cerró los dedos de una mano, parpadeando y tratando de desentumecer su embotada mente.

Makenshi intentó moverse, pero no consiguió hacer reaccionar a su cuerpo; asustada, tembló. La nieve crujía y el fuego hacía retorcer el material que se consumía ennegrecido, creando un desagradable e inquietante sonido que le recordaba a los gemidos de la muerte. Un sonido que parecía seguirle los pasos exhalando tras su nuca, ateriéndola.

El humo se alzaba denso y negro, y lo peor es que oía pasos acercarse, sonido de motores y voces cada vez más próximas. Todo crujía y retumbaba y ella no lograba reaccionar.

Atenazada, su cuerpo se tensó. Ya estaban ahí y seguía tendida boca abajo como una muñeca rota en mitad de esa catástrofe; sus instintos le decían que se mantuviera inmóvil y en silencio. El corazón le

bombeaba deprisa y la sangre resbalaba sinuosa como una serpiente por su clara piel.

—Delta uno informando. Llegamos al lugar del impacto. La nave está totalmente destruida, miraremos si queda algo que podamos aprovechar.

—Menudo destrozo, todo esto no es más que mierda —Wilde pateó uno de los restos inspeccionando el lugar.

Más pasos y crujidos de nieve y ramas que cedían bajo el peso de sus pies llenaban aquel bosque de quejidos, junto al ensordecedor ritmo de su pulso.

—Mirad bien, estad atentos. Esos cabrones podrían estar al caer para recuperar a su cabecilla.

De nuevo esa misma voz que rompió el silencio la primera vez haciendo reaccionar su sistema...

Cerró los ojos un instante para calmarse cuando un par de botas se detuvieron frente a ella dejándole ver el amenazador y frío cañón de un fusil.

—¡Eh, chicos! Venid. Tenéis que ver esto —Walker llamó la atención de parte del equipo, y tanto su hermano como su primo se aproximaron mientras dos de los hombres se colocaban a su alrededor, atentos a cualquier ataque o emboscada.

—¿Qué pasa, encontraste algo? —Maverik se acercó al lugar donde estaba su hermano pequeño con el arma preparada apuntando a un cuerpo femenino desnudo.

Su cabello castaño oscuro estaba esparcido por la nieve medio derretida y sus formas eran menudas, elegantes y suaves. Su piel clara estaba llena de heridas recientes y otras no tan nuevas.

—Joder, tíos —murmuró uno de los chicos.

—¿Qué creéis? ¿Experimento o enemigo? —Walker quitó el seguro.

—No tengo ni idea, pero si iba en esa nave lo mejor sería llevarla a la base y estudiarla —Wilde se dirigió a Maverik, que seguía observándolo todo.

—Por el amor de Dios, es solo una chica, que alguien le ponga algo encima —protestó otro.

—Chicos, daos prisa, aquí ya está todo hecho. Tenemos todo lo que puede servir —Los apremió el siguiente integrante.

Maverik se movió quitándose el grueso y largo anorak bajo la atenta mirada reprobatoria de su hermano que se preparó por si debía apretar el gatillo.

—Sigo pensando que lo mejor sería pegarle un tiro.

—Walker no seas imbécil, somos pocos y si es de los nuestros... Mírala, es solo una chica. Su sangre no es púrpura.

—No me fio...

—Puede tener información.

—¡Basta! Los dos —Ordenó Maverik agachándose junto a ella.

Ladeó la cabeza y le apartó el enmarañado cabello de la cara para poder verla bien.

Su rostro era redondeado, con un perfil suave que resaltaba su pequeña naricilla respingona. Tenía los labios carnosos y bien perfilados, algo agrietados y cortados a causa del frío y el golpe. Cejas finas con algo de arco en punta manchadas de sangre reseca, y unos enormes ojos azul verdosos resaltados por espesas pestañas largas y negras. Lo cierto era que era una preciosidad, aun así, procuró centrarse en su mirada y no en sus formas provocadoras.

—Tranquila, ¿me entiendes? Solo voy a... —Con cuidado, alargó la mano para ayudar a sentarla, pero ella se aovilló tratando de poner distancia como un animalillo herido y asustado.

Todos dirigieron las armas hacia ella que siseó, tratando de no chillar a causa del dolor que sacudía su frágil cuerpo, pues su corazón empezaba a mandarle punzadas.

—Calma —Maverik le mostró las manos donde llevaba la prenda.

Ella asintió y dejó que la ayudaran para poder incorporarse; el dolor la partió en dos igual que un rayo. Estuvo a punto de caer de bruces de no ser por los brazos de él, que la sostuvieron.

En silencio, Maverik le colocó la prenda que le quedaba por debajo de los muslos. Cerró la cremallera procurando no mirarla pese a la tibieza de su piel y de reprobador el modo en que la devoraban los demás, olvidando cualquier signo de caballerosidad. Era liviana como una pluma y a pesar de las condiciones en las que estaba, olía a jabón suave. Un aroma que le traía recuerdos de cuando su vida no era una puta mierda.

La cabeza de ella quedó apoyada en su pecho y pudo percibir sus ahogados quejidos. La cogió con algo más de dureza mirándola de nuevo, sosteniendo su barbilla con dos dedos. Pese a la fragilidad que aparentaba, era dura, y su mirada era la misma que la de un depredador: desconfiada y calculadora. Estaba haciendo con ellos justo lo mismo, no se fiaba y no era de extrañar.

Maverik tenía la sensación de que, si debía defenderse, lo haría sin dudar. Parecía poder ser fiera y fría como el adusto paisaje que los rodeaba y, aun así, la turbulencia de sus claros ojos le hablaba del tormento por el que estaba pasando, del dolor que padecía.

—¿Puede andar? —preguntó uno de los chicos.

—Ahora lo sabremos. Camina —Walker y Wilde la cogieron arrancándola de las manos de Maverik asiéndola cada uno por cada brazo. Por supuesto, el primero no dejaba de apuntarla—. Haz cualquier cosa rara y te pego un tiro.

Wilde le lanzó una nueva mirada amenazadora a Walker. ¿Pero qué diantres le pasaba? Estaba más agresivo que de costumbre y mira que él entendía el odio que tenían a esos seres que les habían arrebatado todo, pero...

—No me fío, hemos visto demasiadas cosas y todo lo que esos entes hacen —dijo, dándole un empujón con el arma y ella dio un primer y titubeante paso inseguro.

Las piernas le temblaban, apenas se sostenía. Tenía mucho frío y no dejaba de estremecerse, los dientes le castañeaban y los labios comenzaban a tener un color morado, sin contar el lacerante dolor que recorría cada parte de su cuerpo. Aun así, hizo lo que le decían, se deshizo de un tirón de la mano de Walker y cayó. Cerró los dientes por pura fuerza de voluntad y se levantó de nuevo hasta volver a caer de bruces. Con un resoplido, apretó los puños y repitió la operación hasta que consiguió sostenerse por ella misma. Wilde rio en aprobación a su actitud y, sobre todo, por el desplante al otro.

—Vaya, la chica tiene genio. Me da que no le gustas, Walker.

Él volvió a aferrarla clavando los dedos en su brazo haciéndole daño y Makensi se mordió la lengua para no quejarse, forcejeando hasta terminar en el suelo por cuarta vez.

Wilde la levantó con cuidado, indicándole a su primo que se mantuviese apartado.

—A ver, preciosa, ¿recuerdas algo? ¿Sabes qué hacías en esa nave? ¿Eres uno de esos?

Makensi frunció el ceño contrariada, estaba demasiado aturdida y confusa. El dolor no la dejaba pensar con claridad; lo comprendida pero no alcanzaba a coordinar sus ideas salvo para escuchar el eco de una sola palabra repetirse en su mente: raoak. Negó.

—Responde, sé que puedes hablar. Todo será más sencillo si colaboras, si no tienes nada que ocultar, habla. Estamos en guerra y como comprenderás no vamos a permitir que ninguna de esas cosas campe a sus anchas. No somos los malos aquí. Somos la R1, así que no nos obligues a ser desagradables. Dime, ¿estás herida? ¿Te duele? —La examinó palpándola sin mucha delicadeza de modo superficial sin que ella lograra detenerlo por mucho que quisiera.

«¿Desagradables?» Pensó ella.

—¿Es que no lo estáis siendo ya? —espetó.

Lo entendía, entendía que tuviesen que ser precavidos y que no dudarían en matarla. Pero ella no era ninguna amenaza.

—Lo dicho, una fierecilla —Volvió a reír ladeando la sonrisa—. Al menos ya habla.

Makensi parpadeó sin ser consciente de haber hablado en voz alta, pero al parecer sí lo hizo.

—Responde, ¿qué hacías en la nave Prima?

—No lo sé... —Le costó hablar, su voz sonó débil y algo ronca. Ni siquiera entendía cómo seguía viva.

—No mientas bonita —Le rodeó la cara con ambas manos.

—¡Que no lo sé! Yo no... no me acuerdo... —Lo miró furiosa frunciendo las cejas a punto de doblarse de dolor cuando varias imágenes cruzaron su mente. Disparos y caos.

—Está bien, andando. Quizás en la base estés más comunicativa.

Makensi jadeó en cuanto la soltó y de nuevo la obligó a caminar apuntándola con el fusil. Echó una ojeada al que le había puesto la chaqueta, que estaba encendiéndose un cigarrillo, y empezó a caminar como pudo, entre tropezones y empujones, sin perder de vista

los labios de Maverik exhalando el humo. No, desde luego no estaban siendo amables, tras tanto tiempo sin contacto, deseando volver a estar con humanos, la trataban como si fuera una de esas cosas. ¿Pero en realidad seguía siendo ella? ¿Qué le había pasado, qué le hicieron? ¿Por qué estaba retenida en esa nave? Eran demasiadas dudas y cuestiones para las que no tenía respuesta alguna. ¿Y si encontraban algo raro en ella? No quería morir, no todavía, por mal que estuviese todo.

Las lágrimas se agolparon tras sus ojos, pero Makensi se negó a derramarlas. Solo trataba de recordar, de organizar el caos de su mente y mantener a raya el dolor y el temor. Procuraba dar un paso tras otro sin derrumbarse, pero en más de una ocasión, cayó sin que nadie pensase que acaba de sufrir un accidente en el que, por algún milagro, había sobrevivido, cuando lo lógico hubiese sido lo contrario.

El grupo avanzaba cargado, alerta e imponiendo un paso de alto nivel que a ella le costaba mantener. Una vez más, cayó contra la blanda y densa nieve; se apartó el cabello de la cara sintiendo el gélido aire en sus nalgas y apretó los músculos sintiéndose vulnerable y expuesta.

Apretó el puño obligándose a levantarse cuando de golpe, el suelo se alejó de ella y su centro de gravedad cambió encontrándose entre los brazos de Maverik.

—Suel... suéltame. Puedo andar.

—Nos retrasas. Ahora cállate —ordenó, sin dejar de avanzar.

Makensi entreabrió los labios, incapaz de replicar. Estaba tan derrotada y febril que no le importó abandonarse. Desprendía calor pese al frío que se acumulaba en su cuerpo por la falta de abrigo. Y por primera vez, entre las brumas de la inconsciencia, se permitió mirarlo con atención.

Aquel hombre era increíble y a pesar de su seriedad, su rostro era sexy y atractivo, de ángulos rectos y definidos, contundentes. Tenía el pelo oscuro y corto por los lados, algo más largo de arriba acentuando ese aire apabullante y masculino. Cejas negras y expresivas, nariz recta, piel bronceada y barba de varios días que, en él, quedaba irresistible junto a sus apetecibles labios, además de unos inquietantes ojos verdosos y profundos que parecían poder arrancarte el alma. Era alto, y Makensi podía apreciar la dureza y firmeza de sus músculos